

Socialismo y moral

Luis Villoro

“**L**a historia es espejo del hombre” decía Marsilio Ficino. Por eso puede ser tan sorpresiva como el hombre mismo. En el siglo xx ha echado abajo algunas de las creencias de la modernidad que considerábamos más firmes: el progreso lineal hacia formas de sociedad más humanas, el carácter irreversible de los cambios revolucionarios, por ejemplo. El derrumbe inesperado de los regímenes llamados “socialistas” y la unificación del mundo en un sistema económico único dominado por el capitalismo han obligado a revisar muchos esquemas comprensivos de la historia. Pero los acontecimientos sorpresivos suelen invitar a posiciones apresuradas y simplistas, justamente por no poder ser comprendidos por esquemas teóricos previos.

La caída de los “socialismos reales” ha dado lugar a una tesis elemental: estaríamos ante el fracaso del socialismo, el fin de las revoluciones y el triunfo definitivo del capitalismo liberal. Esta tesis supone dos proposiciones: 1) La identificación del socialismo con los sistemas totalitarios burocráticos surgidos de la revolución de octubre. 2) La idea de que la vía hacia el socialismo conduce necesariamente a esos Estados totalitarios.

Esa tesis se acompaña de una segunda afirmación: sólo quienes comparten una posición liberal han sido capaces de comprender la verdadera naturaleza de los “socialismos reales” y de condenarlos. Los pensadores de izquierda habrían sido incapaces de diagnosticar sus males y, por lo tanto, de impedirlos. No sólo el porvenir de la historia, la lucidez también sería panacea del liberalismo.

Pero esas proposiciones simplistas no resisten el más superficial examen. La denuncia crítica del “socialismo real” no fue, en modo alguno, exclusiva de un pensamiento de derecha. La crítica al bolchevismo y a sus consecuencias previsibles, desde la perspectiva misma del marxismo, tiene una larga historia, desde Kautsky y Rosa Luxemburgo hasta Isaac Deutscher o Rudolf Bahro. Pero aún entre los pensadores que no renunciaron a la herencia leninista, no dejó

de haber denuncias del “socialismo real” como un falso socialismo; así se le llamara “Estado obrero degenerado”, “capitalismo de Estado” o “socialismo autoritario”. Una de las críticas radicales fue la de Adolfo Sánchez Vázquez.

Desde 1981 Sánchez Vázquez caracterizó a los regímenes del “socialismo real” como una forma específica de Estado, distinta tanto del socialismo como del capitalismo, dominado por una nueva clase que posee los medios de producción aunque no su propiedad jurídica. Lejos de ser socialista, esa forma de Estado “bloquea el tránsito al socialismo”.¹ La caracterización de los regímenes burocráticos del Este de Europa como no socialistas, parte de una definición de lo que debe entenderse por “socialismo”.

Rasgos esenciales del socialismo serían, para Sánchez Vázquez: 1) La abolición de la propiedad privada de los medios de producción y su remplazo por una propiedad social (que no estatal). 2) La devolución progresiva de las funciones del Estado a la sociedad civil; lo cual implica la democratización real de la vida social y la “autogestión creciente” en todos los niveles de la sociedad.² La democracia es consubstancial al socialismo, al grado que —insiste Sánchez Vázquez— “sobre una base económica verdaderamente socialista no puede levantarse una superestructura autoritaria, anti-democrática”.³ Esta tesis implica que el socialismo no se determina sólo por la base económica sino también por la tendencia real a remitir a la sociedad funciones usurpadas por el Estado, esto es, la tendencia a lo que hoy podríamos llamar, con Norberto Bobbio, una “democracia ampliada”.

La posición de Sánchez Vázquez se aparta de un reduccionismo económico, al poner énfasis en un factor político, “superestructural”, independiente: la democracia. Al mismo tiempo, su visión del socialismo está ligada a una ética de valores. El socialismo es un ideal elegido, un programa que da sentido a la acción, por proyectarse hacia valores.⁴ A la concepción determinista predominante en el marxismo, tanto socialdemócrata como bolchevique, se opone así una concepción del socialismo como elección de un ideal ético. Sin embargo, Sánchez Vázquez trata de evitar el escollo del utopismo. El socialismo sería *a la vez* un ideal que elegir y un sistema económico que realizar. Con ello, toca el problema central de la teoría marxista.

En Marx se encuentran dos discursos que se entremezclan pero no se concilian. El más notable es un discurso que pretende ser científico. Versa sobre hechos y se expresa en enunciados sobre relaciones causales. Según

¹ Cf. Adolfo Sánchez Vázquez, *Ensayos marxistas sobre historia y política*. México, Océano, 1985, p. 110.

² *Ibid.*, p. 138.

³ *Ibid.*, p. 108.

⁴ *Ibid.*, p. 99.

ese discurso, el socialismo advendrá necesariamente, como consecuencia del desarrollo del capitalismo. No es un programa ideal sino el efecto de fuerzas sociales en obra.

“El comunismo —escriben Marx y Engels en *La ideología alemana*— no es para nosotros una situación que haya que realizar, un ideal al que debe de algún modo ajustarse la realidad. Llamamos ‘comunismo’ al movimiento real que levanta la situación actual. Las condiciones de este movimiento resultan de condiciones que ya existen”.⁵

Si esto es así, es claro que la acción política será esencialmente un cálculo de los medios que produzcan necesariamente ciertos efectos. La política es cálculo estratégico.

Pero toda la obra de Marx está atravesada también por otro discurso. La indignación moral recorre sus páginas. Ante la injusticia y la explotación, propone una sociedad emancipada, digna del hombre. Este discurso versa sobre valores. No habla de causas y efectos reales, sino de las condiciones de una sociedad deseable. Forma parte de una moral que no es un simple reflejo de la situación existente, sino corresponde al punto de vista de una sociedad por venir. La acción política responde también a una elección de valores. Es elección moral.

Por desgracia, Marx no ofrece una liga clara entre los dos discursos. De ahí que las interpretaciones marxistas posteriores hayan intentado reducir uno de los dos discursos al otro. La más socorrida fue la reducción del discurso moral, valorativo, al discurso pretendidamente “científico”. El socialismo se vio como una “ciencia” y la revolución como la consecuencia de la introducción de esa ciencia en la clase obrera (según la fórmula de Kautsky, tomada por Lenin). En la II Internacional el marxismo toma el cariz de un cientificismo determinista. Pero en otra versión distinta, la misma posición “cientificista” prevalece en el bolchevismo. El socialismo se ve como el resultado necesario de utilizar una estrategia correcta. Su “ciencia” debe indicarnos los medios correctos para lograr ese fin. La moral colectiva acaba sometiéndose a la estrategia. Trotsky es quien mejor expone la doctrina bolchevique de la moral: “El fin justifica los medios”.⁶ El socialismo tiene que “construirse”, como un ingeniero construye una presa: es asunto de un cálculo racional basado en el conocimiento de fuerzas reales.

Frente a la interpretación cientificista predominante, la insistencia en la elección y realización de valores como un factor independiente, esencial al socialismo, la interpretación de la nueva sociedad como un proyecto ético, fueron vistas como desviaciones “utopistas” y “moralistas”. Así, el marxismo

⁵ Karl Marx y Frederich Engels, *Werke*. Berlín, Dietz Verlag, t. I, p. 25.

⁶ León Trotsky, *Su moral y la nuestra*. Barcelona, Fontamara, 1978.

vivió siempre amenazado por caer en dos escollos contrarios: el cientificismo y el utopismo.

Sánchez Vázquez vio claramente, este problema. Su posición frente a él sufre una evolución. En un ensayo de 1981, parece sostener aún que el socialismo es un “resultado necesario” de fuerzas históricas, aunque sea también un “ideal” por realizar. Sería “necesario” aunque no “inevitable”.⁷ Cuatro años más tarde es más claro. El socialismo es una “posibilidad real”, pero también una “posibilidad cuya realización es deseable”, por valiosa. No es el resultado inevitable de la dialéctica histórica. “El pensamiento de Marx no exige semejante supuesto —aunque a veces parece afirmarlo— o sea, el supuesto de que el socialismo es el resultado forzoso, inevitable, del desarrollo histórico”.⁸

Al calificar el socialismo de un “ideal moral” y al rechazar que sea un resultado necesario en una cadena causal, Sánchez Vázquez abre una vía teórica opuesta al cientificismo. Sin embargo, no alcanza a recorrerla.

La nueva vía tendría que presentar el socialismo como una idea regulativa que orienta un programa de acciones. Supone la elección de un fin último deseable para todo hombre en sociedad. No proyecta una sociedad particular concreta, sino un tipo de sociedad en la que se realizarían ciertos valores. Sólo así puede orientar las acciones políticas. Permite, en cada situación particular, elegir ciertos valores y destacar otros. La sección del socialismo sería fundamentalmente un programa de acción en situación, no un cálculo instrumental de medios afines. Los valores tienen que ser preferidos en cada momento y no sólo realizados en la sociedad final. Por eso, el fin no justifica los medios, pues cada medio —orientado por la elección socialista— debe realizar, aunque sea parcialmente, el valor.

Ahora bien, si el socialismo es una idea regulativa, no es derivable de los hechos reales, sino de una exigencia ética. No se funda en una racionalidad instrumental, que calcula la mejor manera de utilizar las fuerzas reales, sino en una racionalidad práctica, o valorativa, que establece las condiciones de una sociedad más valiosa. Entonces, no podría derivarse de ningún hecho histórico, ni siquiera del interés efectivo del proletariado.

Allen Buchanan nos ha presentado una curiosa paradoja: la paradoja del “polisón” (*free rider*).⁹ Consiste en lo siguiente. Supongamos cualquier elección en que está en cuestión realizar un bien general, por ejemplo el socialismo: En ese caso, ¿cuál sería, de hecho, el interés personal de cada individuo frente

⁷ A. Sánchez Vázquez, “Ideal socialista y socialismo real”, en *op. cit.*, pp. 100 y 110.

⁸ A. Sánchez Vázquez, “En el umbral del siglo XXI: reexamen de la idea de socialismo”, en *op. cit.*, pp. 140 y 145.

⁹ Cf. Allen Buchanan, “Revolutionary Motivation and Rationality”, en M. Cohen, T. Nagel y T. Scanlon, eds., *Marx, Justice and History*. Nueva York, Universidad de Princeton, 1980.

a esa posibilidad? Buchanan muestra que, si cada individuo actúa maximizando su beneficio personal y minimizando su daño, cada quien elegirá no actuar y dejar que los demás actúen. Nadie elegirá el bien general. La paradoja no puede resolverse si todos actúan conforme a su propio interés personal. Sólo se resuelve si admitimos la posibilidad de actuar por razones universales, válidas para todo individuo, es decir, si actuamos por la elección de valores deseables para todos y no por puro interés personal, de un individuo, grupo o clase. Y actuar por razones prácticas universales es actuar conforme a una idea ética. Pero entonces el socialismo debería incluir una teoría de las características que debe tener una sociedad si ha de estar dirigida al bien general. No es una teoría de hechos ni de relaciones causales entre ellos, sino de valores y de razones prácticas que justifican su realización. Supone una ética. Y ésta estaría más cerca de Rousseau y de Kant que de Marx.

La historia, con sus sorpresas, nos ha obligado a volver a poner en cuestión muchas de nuestras ideas. Hay que pensarlo todo de nuevo. Creo que, en todo caso, hay una urgencia: reivindicar para el socialismo su carácter de programa moral. Después de todo, lo que hizo que tantos hombres entregaran su vida por ese ideal no fue un cálculo interesado sino la indignación por la injusticia y la esperanza de un mundo fraterno. La idea del socialismo renacerá —así lo creo— como una propuesta fundamentalmente moral.

Los últimos escritos de Sánchez Vázquez, desde 1981, pueden verse como una señal que, sin abandonar la herencia marxista, apunta en ese sentido. Ojalá que estas palabras sean un estímulo para releerlos.